

NEW LEFT REVIEW 85

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2014

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	¿Nuevas masas?	5
ANDRÉ SINGER	Rebelión en Brasil	18
PERRY ANDERSON	<i>Antagonista</i>	38
TOR KREVER	Juzgar a la Corte Penal Internacional	68
TERI REYNOLDS	Despachos desde Dar	103

ENTREVISTA

THOMAS PIKETTY	La dinámica de la desigualdad	107
----------------	-------------------------------	-----

ARTÍCULOS

JOSH BERSON	La reprogramación de la quinua	122
-------------	--------------------------------	-----

CRÍTICA

MARCUS VERHAGEN	Participativo pasado	140
WILLIAM DAVIES	La economía del insomnio	148
DYLAN RILEY	Cuestiones sureñas	154

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



¿NUEVAS MASAS?

Los últimos años han sido testigos de sucesivas movilizaciones violentas de masas en India, Turquía, Brasil; las protestas callejeras han repercutido desde los Balcanes –Zagreb, Sarajevo–, Sofía y Bucarest hasta Ucrania, donde Yanukóvich fue expulsado del gobierno en febrero de este año. Paradójicamente, la ira popular se ha manifestado no tanto en los países desarrollados golpeados por la recesión, como en el Segundo Mundo neocapitalista, en los prósperos países BRIC y en las economías emergentes. Queda aún por explicar y, esperemos, por trascender, la debilidad de la resistencia en las zonas del capitalismo avanzado, a pesar de las medidas de austeridad provocadoramente regresivas y del rescate financiero. Parte de la respuesta debe buscarse en la marginalización desde 1990 del antagonista histórico del capital: la clase obrera organizada. ¿Qué fuerzas sociales y qué tipo de políticas se están desarrollando en el Este y en el Sur? En la NLR 78, Göran Therborn ofreció un panorama de la situación global de las clases sociales en el que examinaba la realidad de las «nuevas clases medias» de los países en vías de desarrollo. En este número, Therborn analiza a lo largo y ancho de seis continentes el potencial de oposición de estratos subordinados: las fuerzas precapitalistas indígenas y campesinas, las poblaciones «excedentes», los trabajadores de la industria, las clases medias asalariadas. ¿Qué condiciones tendrían que darse para auspiciar alianzas entre los mismos, tal como ocurrió en las protestas defensivas contra la mercantilización de los espacios y los servicios públicos de Turquía y Brasil, o la ira popular contra los regímenes corruptos y represivos de Ucrania, el Magreb y el Máshreq? En Brasil, una marcha contra el aumento de las tarifas de los autobuses provocó manifestaciones en todo el país en junio de 2013. André Singer examina la complejidad social y política de las protestas y encuentra una confluencia de clases en la calle: las clases medias golpeadas por la inflación, la juventud déclassé y los «nuevos proletarios» (un organizador del Movimento Passe Livre constata una «cantidad inmensa» de

manifestantes que trabajan en el telemárketing con títulos universitarios). ¿Qué política aportan a la lucha los dirigentes de los nuevos movimientos de resistencia? Se observan influencias de los movimientos alternativos a la globalización de la década de 1990 (Chiapas, Seattle, Génova, Porto Alegre) así como de las protestas latinoamericanas de los coccaleros y los piqueteros y de las Revoluciones de Colores de principios de la década de 2000 (algunas con el discreto apoyo de las embajadas occidentales). Pero, como señala Singer, en Brasil, como en otras partes, algunos sectores de la derecha y del centro jugaron un papel importante. Desentrañar los contornos contradictorios de estos levantamientos será una tarea fundamental en la comprensión de las próximas oleadas de resistencia.*

* Lucas Oliveira, «Está em pauta, agora, que modelo de cidade queremos», entrevistado por Maria Caramez Carlotto para *Revista Fevereiro*, núm. 6, 18 de octubre de 2013.

¿NUEVAS MASAS CRÍTICAS?

Las bases sociales de la resistencia

LAS CRÍTICAS AL capitalismo, si quieren tener sentido político, deben tener, o encontrar, una base social. Desde el siglo XIX y a lo largo del XX, la crítica más destacada se designaba «la cuestión obrera», porque su base de masas se nutría de la cada vez más numerosa clase obrera industrial. Era la clave no solo para las organizaciones de trabajadores emergentes y sus ocasionales simpatizantes liberales, sino también para la opinión conservadora; incluso los fascistas, los enemigos más violentos del movimiento obrero, modelaron sus organizaciones siguiendo su ejemplo. Los obreros industriales mantuvieron su papel central hasta la década de 1970. Para entonces, una nueva base social para la lucha anticapitalista había surgido de los movimientos anticoloniales, movilizadas en torno a la cuestión de la liberación nacional y contra el «desarrollo dependiente» imperialista.

Sin embargo, durante los últimos treinta años, la desindustrialización del Norte ha detenido y luego revertido la marcha hacia delante de la clase obrera; así, la «gran dialéctica» (es decir, el choque entre el creciente carácter social de las fuerzas productivas y su propiedad privada) ha sido suspendida. Mientras tanto, la exitosa industrialización de países punteros del Sur durante el mismo periodo ha significado básicamente, por el momento, que el desarrollo capitalista se considera ahora posible en Asia, África y América Latina, en contra de las teorías de dependencia tan influyentes en su día. ¿Existen ahora fuerzas sociales en ascenso en esas áreas que puedan ser funcionalmente equivalentes a la clase obrera organizada o a los movimientos anticoloniales del siglo XX? Claramente, no hay estratos anticapitalistas de masas que sean visibles en la actualidad: una situación novedosa para el capitalismo en el contexto de los

últimos ciento cincuenta años. Sin embargo, si no buscamos movimientos anticapitalistas, sino, por el contrario, formaciones de masas que sean potencialmente críticas con el desarrollo capitalista contemporáneo, hay fuerzas sociales importantes que ya son evidentes. Podemos distinguir cuatro tipos diferentes.

Desde los márgenes

La primera fuerza social potencialmente crítica la constituyen las poblaciones precapitalistas que se resisten a las injerencias de las grandes empresas. Los pueblos indígenas, con algo más de fuerza recientemente, son los principales protagonistas. Son significativos políticamente, sobre todo en la América andina y en India, pero están presentes en gran parte del Sur y han desarrollado redes internacionales. No disponen del número ni los recursos para tener peso suficiente, excepto a escala local, pero pueden articular sus luchas con movimientos críticos de resistencia más amplios. Por el momento, constituyen una fuerza que hay que tener en cuenta en Bolivia, como componente principal de una coalición gobernante rebelde, y en India, como núcleo de una insurgencia a gran escala; en ambos casos están *encadrés* por organizadores de la tradición del movimiento obrero: mineros socialistas despedidos reconvertidos en cultivadores de coca en Bolivia y revolucionarios profesionales maoístas en India central. Los últimos han recibido un duro golpe recientemente, pero no han sido derrotados ni destruidos. En México, los zapatistas mantienen todavía la región de la Selva Lacandona en Chiapas. Tales movilizaciones pueden ser contradictorias: en Bengala Occidental, de Gobierno comunista, los campesinos que defendían sus tierras contra los proyectos de desarrollo industrial bloquearon un giro al estilo chino e impulsaron al Gobierno a un régimen de derechas.

La segunda fuerza crítica, mayoritariamente extracapitalista, está formada por los cientos de millones de campesinos sin tierras, trabajadores temporales y vendedores callejeros que constituyen las grandes poblaciones de las áreas urbanas degradadas en muchas partes de África, Asia y América Latina. (Su equivalente en el Norte podría ser el creciente número de jóvenes marginalizados, nativos e inmigrantes, que se están quedando fuera de la red de empleo). Potencialmente, constituyen una fuente importante de desestabilización para el capitalismo. La ira y la violencia acumuladas por estos estratos se han mostrado a menudo explosivas, a veces de manera brutal, en pogromos étnicos o en puro

vandalismo desenfrenado. Sin embargo, estos «condenados de la tierra» también han estado involucrados en luchas contra los desalojos y por el acceso al agua y a la electricidad; jugaron un papel significativo en las revueltas árabes de 2011 y en las protestas contra la austeridad y contra los Gobiernos a lo largo de la costa norte mediterránea y del mar Negro: Grecia, España, Bulgaria, Rumania.

¿Bajo qué condiciones podrían conectar estas fuerzas con alguna alternativa socioeconómica viable? Es evidente que cualquier alternativa crítica tendría que referirse directamente a sus preocupaciones fundamentales: su identidad colectiva existencial y sus medios de vida. Debería desarrollar formas de comunicación que llegaran a lo más profundo de estos estratos populares, generando líderes carismáticos con redes de transmisión amplias: personales y electrónicas. Debido a la poca probabilidad de que la población urbana en particular se organice, esta fuerza potencialmente crítica no pasará a la acción sin algún hecho desencadenante que la focalice y la haga estallar, cuya naturaleza es imposible de predecir.

La dialéctica cotidiana del trabajo asalariado capitalista sigue vigente todavía, por supuesto, aunque haya sido reconfigurada geográficamente. La clase obrera industrial residual del Norte es demasiado débil para plantear ningún desafío anticapitalista; pero las ofensivas de la austeridad y el capital están generando protestas de cortas miras, por ejemplo en Francia, donde los trabajadores organizados amenazaron con perturbar el suministro de gasolina en 2010 y los obreros del metal ocuparon plantas de producción en 2012. Los nuevos obreros industriales de China, Bangladés, Indonesia y todo el Sur pueden encontrarse en una posición mejor para plantear exigencias anticapitalistas, pero su posición está debilitada por la enorme disponibilidad de trabajadores, y ya están siendo superados por modelos de empleo del sector servicios más fragmentados. Los sucesivos intentos de formar partidos obreros se han ido a pique, de Nigeria a Indonesia; el único éxito en los últimos treinta años ha sido el PT brasileño. Corea del Sur y Sudáfrica tienen importantes movimientos obreros basados en los sindicatos, pero carecen de articulaciones políticas fuertes: los sindicatos sudafricanos están eclipsados por la naturaleza del gobierno del ANC [Congreso Nacional Africano]; los coreanos, debilitados por un faccionalismo mezquino que torpedeó un proyecto bien concebido para crear un partido unido de izquierda a finales de 2012.

Aunque las luchas de clase en el Sur han conseguido aumentos salariales y, hasta cierto punto, condiciones de trabajo menos espeluznantes, no parece que vayan a convertirse en un desafío para el sistema. En Asia oriental, en particular, el capitalismo industrial está proporcionando mayores niveles de consumo, a un ritmo que las economías europeas de desarrollo más lento tardaron mucho más tiempo en conseguir. Es cierto que el Gobierno del Partido Comunista en China y Vietnam supone que un giro anticapitalista no es inconcebible, y sería factible si se intentara. Pero para que esto sucediera se necesitaría un parón del crecimiento y una movilización obrera eficaz en contra de la enorme desigualdad generada por el sistema, que amenaza la «armonía» o cohesión social del capitalismo comunista. Es imaginable, pero altamente improbable, por lo menos a medio plazo. Un escenario más prometedor puede darse mediante la conexión de las luchas laborales con las comunitarias por la vivienda, la sanidad, la educación o los derechos humanos.

Las masas de cuello blanco

Una cuarta masa social potencialmente crítica puede estar surgiendo ahora desde dentro de la dialéctica polarizadora del capitalismo financiarizado. Los estratos de las clases medias, que incluyen a los estudiantes de manera crucial, jugaron un papel de liderazgo en los movimientos de 2011 (España, Grecia, el Máshreq árabe, Chile, así como las protestas más débiles del tipo Occupy en América del Norte y el norte de Europa) y en las protestas turcas y brasileñas de 2013. Estas erupciones sacaron a las calles a la clase media y a la juventud popular, y en algunos casos a sus padres también, contra los sistemas capitalistas corruptos, excluyentes y socialmente polarizadores. No consiguieron cercenar el poder del capital, aunque las de 2011 derribaron dos Gobiernos. Pueden haber sido el ensayo general del drama que se avecina.

El discurso sobre las nuevas clases medias –que proclama la llegada de mercados de masas de consumidores solventes– se ha hipertrofiado realmente durante la última década: respecto a África, Asia y América Latina, el tono es predominantemente triunfalista; respecto a Europa del Este, es a menudo más prudente. Ya sean acertados o equivocados, los discursos sobre la clase son siempre significativos socialmente, así que la profusión global del discurso sobre la clase media es un síntoma digno de mención de la década de 2010. En su mayoría no apuntan a una dialéctica social decisiva; por el contrario, por lo general aplauden el triunfo del consumismo.

La clase obrera está desapareciendo de los documentos de los partidos comunistas chino y vietnamita, mientras que en la Europa liderada por Alemania el ideal de una «sociedad de emprendedores» ha reemplazado a la propia imagen de mediados del siglo XX de la «sociedad de los asalariados». Por lo general, los analistas políticos consideran a las clases medias como un pilar prometedor de una economía «sólida» y de la democracia liberal, aunque los economistas más serios, especialmente en Brasil, han llamado la atención sobre la fragilidad de “la condición de clase media” y el permanente riesgo de pobreza al que muchos de sus miembros están expuestos. Por el contrario, en Estados Unidos el tono que prevalece es de preocupación por el declive en estatus económico y peso social de la clase media. Europa Occidental no ha seguido exactamente el mismo modelo: aquí la noción de clase media ha tendido siempre a estar más circunscrita que en las Américas o Asia (incluyendo a la China posmaoísta) debido a la presencia establecida en el discurso de una clase obrera. Fuera de Europa, la nueva concepción de la clase media abarca ahora a la inmensa masa de población que se encuentra entre los muy pobres y los ricos, con el umbral de pobreza frecuentemente establecido en unos ingresos o unos gastos diarios de 2, 4 o 10 dólares, mientras que el límite superior excluye solo al 5 o 10 por 100 más rico.

Al contrario que la clase obrera industrial, el compuesto heteróclito conocido como «clase media» no conlleva relaciones de producción específicas, ni posee tendencias de desarrollo particulares, aparte del consumo a discreción. Pero se defina como se defina, la clase media, o partes sustanciales de la misma, ha demostrado ya su capacidad para convertirse en un actor político significativo, aumentando su prominencia con el declive o desorganización del proletariado industrial. Las clases medias en ascenso del Sur global se merecen una atención especialmente atenta, ya que pueden ser cruciales en la determinación de las opciones políticas.

Debido precisamente a su indeterminación social, el peso de las clases medias puede ser lanzado en direcciones diferentes o incluso opuestas. La clase media movilizadora fue una fuerza importante en el golpe de Pinochet en Chile, mientras que su equivalente venezolano apoyó un intento fallido de derrocar a Hugo Chávez en 2002, y los acomodados «Camisas Amarillas» de Bangkok derribaron el Gobierno de Tailandia seis años más tarde. Tal como muestra la historia europea del siglo XX, la clase media no es una fuerza intrínsecamente democrática. Sin embargo, ha sido también una fuerza de presión para el cambio

democrático, jugando un papel importante en Taiwán y Corea del Sur en la década de 1980 (junto con los obreros de la industria) y en la Europa del Este en 1989. Fue una fuerza básica en El Cairo y Túnez en 2011, y apoyó las protestas callejeras populares en Grecia, España, Chile y Brasil en 2011-2013. La inestabilidad de las tendencias políticas de la clase media queda ilustrada con toda crudeza por sus abruptos giros en Egipto: de la aclamación de la democracia a la adulación de los militares y su creciente represión de la disensión, aprobando en la práctica la restauración del *ancien régime* sin Mubarak.

Pero también pueden verificarse intervenciones cruciales de las fuerzas de la clase media en el terreno electoral. En 2012, la ciudad de México, con una población del tamaño de un Estado medio europeo, eligió a un alcalde de la izquierda por cuarta vez consecutiva; el candidato triunfador, Miguel Ángel Mancera, consiguió casi el 64 por 100 del voto, lo que indica un bloque popular amplio. En India, la trayectoria del Party Aam Aadmi (AAP, Partidodel Hombre Común) está por determinarse. El espectacular avance del AAP y de su líder, Arvind Kejriwal, se debió a una alianza novedosa que conectó las protestas anticorrupción de la clase media con un conjunto de propuestas concretas sobre el acceso al agua y otros servicios públicos que podían beneficiar a estratos más amplios. El nuevo partido barrió en los barrios residenciales de Nueva Delhi, así como en nueve de las doce circunscripciones de las «castas establecidas», para conseguir el gobierno de la capital a finales de 2013, solo para renunciar cuarenta y nueve días más tarde, al estancarse los trabajos legislativos para poner freno a la corrupción por carecer de la aprobación del Gobierno central. Un candidato reformista en Indonesia, Jokowi, ganó las elecciones a gobernador de Yakarta en 2013 contra la clase dirigente local y una atroz campaña religiosa sectaria (su compañero de candidatura era un chino cristiano) con una propuesta de extensión de la educación y los servicios sanitarios, así como la promoción del «urbanismo emprendedor». En este caso también, está por ver la fuerza y la eficacia de las alianzas de clases: su capacidad de proporcionar mejoras tangibles a las masas populares.

Temas primordiales

El capitalismo, especialmente el capitalismo industrial, ha sido objeto de la crítica cultural ya desde que Blake denunció sus «oscuras fábricas satánicas». Durante mucho tiempo, el sistema simplemente ignoró las quejas, pero 1968 acabó con esa indiferencia. Los movimientos

simbolizados por ese año no consiguieron gran cosa contra el propio capitalismo, pero tuvieron una repercusión importante en las relaciones sociales: erosionaron el patriarcado y la misoginia, deslegitimaron el racismo institucional, socavaron la deferencia y la jerarquía: en resumen, promocionaron la igualdad existencial, sobre todo en Europa y América. Sin embargo, estas transformaciones culturales han sido absorbidas en su mayor parte por el capitalismo avanzado, por medio del informalismo de las industrias de alta tecnología, una oleada de altas ejecutivas, la normalización de los derechos de los homosexuales y los matrimonios del mismo sexo, la figura social del «bohemia burgués», y otras.

Los movimientos basados en una crítica cultural de la sociedad capitalista han solicitado la limitación y la regulación del desarrollo capitalista o han postulado formas de vida alternativas. Parecen existir oportunidades para por lo menos cuatro tipos de movimientos vinculados a la crítica cultural significativos en las próximas décadas que abarcan tanto los enfoques «limitativos» como los «alternativos». Históricamente, el argumento limitativo más importante se ha fundamentado en la amenaza que el capitalismo desenfrenado representa para la cohesión social. La cuestión medioambiental es más reciente, debido a la creciente pérdida de control sobre las consecuencias no deseadas de la industrialización sobre el ecosistema. Entre las «alternativas», el socialismo no es ya relevante, pero se pueden apreciar claramente otras opciones más parecidas al comunismo, en el sentido original marxista, que al socialismo industrial del siglo xx. Actualmente, se puede identificar dos movimientos de este tipo, por lo menos en embrión, que ofrecen la promesa de una calidad de vida superior al capitalismo. El primero, mejor articulado en Alemania, parte de la experiencia de los países desarrollados y pone el énfasis en el «poscrecimiento». El segundo presenta una alternativa geosocial y deriva su fuerza del Sur no capitalista. Los analizaremos por separado.

En primer lugar, la cohesión social es mucho menos vital para las elites dirigentes hoy en día de lo que lo fue para sus equivalentes de siglos anteriores. Los ejércitos de conscriptos han sido reemplazados en su mayoría por ejércitos mercenarios; los medios de comunicación han ayudado a hacer «manejables» las elecciones nacionales; las teorías económicas más aceptadas mantienen que el parecer de los inversores internacionales cuenta más para conseguir crecimiento que la unidad de desarrollo. Para las elites del Norte la cohesión implica, en todo caso, presionar a los inmigrantes para su mejor asimilación, en nombre de la «integración».

Es verdad que existe una preocupación oficial por la cohesión social en la UE, pero en la práctica se percibe únicamente en términos geográficos: se financian planes de desarrollo para las regiones más pobres. Durante la crisis actual, con la imposición de una austeridad severa a las poblaciones de la Europa meridional, no ha habido mucha preocupación oficial por los crecientes niveles de exclusión social. Evidentemente, la cohesión nacional ya no se considera clave para el poder imperial, como era el caso en los siglos XIX y XX, cuando las revoluciones desde arriba del Japón de la era Meiji y otros intentos menos exitosos de otros regímenes, desde la China de la dinastía Qing al Imperio otomano, la consideraban la base de la fuerza geopolítica moderna. Después de la Segunda Guerra Mundial, un desarrollo capitalista que produjera cohesión nacional fue el objetivo de los dirigentes elegidos de Japón y de los militares tanto de Taiwán como de Corea del Sur, lo cual dio como resultado unas sociedades industriales que en el mundo capitalista solo quedaban por debajo de los Estados del bienestar europeos, dados sus reducidos niveles de desigualdad económica. Para los dirigentes de la República Popular China la cohesión social sigue siendo un criterio decisivo de actuación política. La extraordinaria desigualdad generada en China durante los últimos treinta y cinco años (tan diferente de las trayectorias igualitarias y de crecimiento rápido de Japón, Corea del Sur y Taiwán) hace insostenible la imagen de sí misma como una «sociedad armoniosa». Este puede también llegar a ser el caso de otras partes del Sur.

De todas formas, la exclusión social, la desigualdad y la dislocación siguen siendo un fundamento potencial para la crítica desde abajo, tal como han mostrado los movimientos de protesta recurrentes de los últimos años. Las sociedades capitalistas realmente existentes no se explican totalmente con la lógica de *El capital*: abarcan también zonas no capitalistas, incluyendo espacios y servicios públicos. Actualmente, el capitalismo se ha propuesto invadir todas las esferas de la vida social: restringiendo, aunque no necesariamente aboliendo (todavía), todo lo público. Estas intrusiones generan corrientes de resistencia, de defensa de lo que es público o no mercantilizado. Ha habido recientemente un aumento global de este tipo de movimiento de protesta: contra la educación superior privatizada en Chile y otras partes de América Latina, contra la mercantilización del espacio público de Estambul, y más discreta, pero sin embargo expresada con gran indignación, ante la mercantilización de las escuelas y los servicios de cuidado en Suecia.

La mercantilización de las relaciones sociales y el deterioro neoliberal de cualquier noción de interés público o sentido de responsabilidad social han proporcionado inmensas oportunidades a la corrupción. Incluso en Estados como Suecia, previamente gobernados por una ética de servicio público fuerte, aunque ahora vilipendiada, los tratos económicos turbios público-privados se han hecho endémicos. En el Sur, donde la corrupción masiva es sistémica en la mayoría de los países, incluyendo China y Vietnam, las campañas de «manos limpias» son frecuentes, pero tienen poca repercusión. De manera ocasional, su escala se dispara, como ocurrió con las protestas de Delhi, lanzadas en 2011 por Anna Hazare tras el pillaje descarado en los Juegos de la Commonwealth de 2010, que derivaron en el Aam Aadmi Party. Es probable que crezcan los movimientos defensivos contra la corrupción y contra la explotación comercial de espacios y servicios públicos, tanto porque las provocaciones se van a multiplicar como porque los ciudadanos son ahora menos deferentes, están más informados y son más fáciles de movilizar por medio de las redes sociales. Turquía proporcionó un caso ejemplar en 2013. Sin embargo, a no ser que se conviertan en integrantes de configuraciones sociopolíticas más amplias, estas protestas, junto con aquellas contra el endeudamiento y los desahucios, se mantendrán dentro de los límites del sistema capitalista.

Los críticos ecologistas del capitalismo se organizaron como movimiento social en la década de 1980 y todavía conservan un peso importante. Se puede defender que los desafíos ecológicos del cambio climático, la contaminación urbana, el saqueo de los océanos y el agotamiento de las reservas de agua han vuelto a abrir la gran dialéctica marxista entre el carácter social de las fuerzas productivas y la naturaleza generadora de crisis de las relaciones de propiedad existentes: una dialéctica eliminada en el Norte por la desindustrialización y el triunfo del capitalismo financiero. La repercusión de esta crítica dependerá probablemente de su capacidad para desarrollar una responsabilidad reguladora colectiva que se abstenga de exigencias expiatorias de paralización del crecimiento. Un asunto crucial es la contaminación desastrosa de las ciudades chinas, incluyendo de manera espectacular a Pekín, y de los centros urbanos de otras partes de Asia. En China, la contaminación está destruyendo también grandes áreas de suelo cultivable. Por medio de la exigencia de una regulación pública, el medioambientalismo podría conectar con los críticos de la economía capitalista desenfrenada. El hecho de que se hayan dado pocas alianzas de este tipo subraya la debilidad de

la izquierda noratlántica, por no mencionar la obsesión china (todavía muy poco cuestionada) de igualar el nivel económico de los países más desarrollados.

Una crítica del consumismo podría tomar una forma generacional nueva. 1968 fue un movimiento de gente joven: «No te fíes de nadie mayor de treinta». En las protestas mediterráneas y chilenas de 2011 o en el levantamiento brasileño de junio de 2013, por el contrario, a la gente joven se le unía a menudo sus padres. La devastadora crisis del neoliberalismo en Argentina a comienzos del siglo XXI provocó protestas callejeras impetuosas de jubilados que intentaban defender sus pensiones. Un movimiento crítico podría surgir de las poblaciones envejecidas de Europa y Japón, especialmente entre los seguidores ya mayores de 1968. Podrían ser protestas motivadas principalmente por la calidad de vida: la serenidad, la seguridad, la estética, más que por el crecimiento económico y la acumulación de capital. Pero hasta ahora este potencial no se ha sustanciado en la práctica. No es probable que se movilice mucho fuera de Europa y Japón, excepto quizá en la región del Plata y entre minorías de las «naciones originarias» indígenas de Canadá. Probablemente, la dinámica cultural rectora seguirá siendo el consumismo.

La crítica del Sur global al capitalismo noratlántico, articulada por el Foro Social Mundial, ha sido desarrollada por el académico portugués Boaventura de Sousa Santos en *Epistemologías del Sur* (2013). Es probable que alcance una influencia mayor debido al vuelco geopolítico del poder planetario, pero también es probable que encuentre una resistencia tenaz, y no solo por parte de la elite del Norte. El consumismo está seduciendo a inmensos estratos nuevos en el Sur, que lo adoran en los centros comerciales que crecen como hongos. Santos y otros abren un espacio crítico que debería sacudir la arrogancia cultural del Norte. Su problema es que se dirigen principalmente a los que están destinados a salir perdiendo por su mensaje: los modernos del Norte. Sin embargo, el espejo del Sur que el Foro Social Mundial ha levantado ante el capitalismo atlántico es probable que se incorpore al pensamiento crítico del Norte, como debería ser.

En resumen, las poblaciones precapitalistas que luchan por conservar su territorio y sus medios de subsistencia; las masas «excedentes», excluidas de empleo formal en los circuitos de la producción capitalista; los obreros de la industria explotados a lo largo de los cinturones industriales

del Norte y el Sur; las clases medias nuevas y antiguas, cada vez más agobiadas por el pago de sus deudas a las corporaciones financieras: estas constituyen las bases sociales potenciales de las críticas contemporáneas contra el orden capitalista que nos gobierna. Para avanzar se precisaría, con toda certeza, alianzas entre ellas y, por consiguiente, la interarticulación de sus razones. La dirección, o direcciones, hacia la que apunten las nuevas clases medias de África, Asia y América Latina será un determinante vital.

Una clase media en aumento representó la vanguardia del desarrollo capitalista en Europa y América en el siglo XIX; ya no. El capital financiero y las corporaciones multinacionales han usurpado ese papel hace mucho tiempo. Ahora, las clases medias tienen que tomar partido en sociedades muy polarizadas: o con los oligarcas contra los pobres o con el pueblo contra los oligarcas. Cualquier crítica viable del capitalismo del siglo XXI tendrá que ganarse a una porción importante de la clase media, planteando alguna de sus preocupaciones fundamentales y procurando articularlas en una dirección crítica e igualitaria, lo cual conllevará el respeto a los clásicos valores de la misma: trabajo duro, independencia, racionalidad y justicia. La compatibilidad de estas preocupaciones con las exigencias populares de inclusión e igualdad y su incompatibilidad con las prácticas de las elites financieras irresponsables, el amiguismo capitalista y los regímenes corruptos o autoritarios necesitarán ser articuladas. Las clases medias, en especial sus componentes asalariados y profesionales, están también potencialmente abiertos a las críticas culturales del capitalismo, sobre todo en los asuntos medioambientales y de calidad de vida. Sin embargo, dada la volubilidad de las tendencias políticas de la clase media, cualquier giro progresista requerirá la movilización de una fuerza popular importante entre las dos primeras corrientes sociales mencionadas anteriormente: las poblaciones precapitalistas invadidas o marginadas y los trabajadores que se defienden en la esfera de la producción.